

REVISTA DE LA SEECI.

Sancho Gómez, Miguel Pablo (2003): Periodistas y profesores como transmisores de conocimiento. N°10. Noviembre. Año VII. Páginas: 75-94. ISSN: 1576-3420 DOI: <http://dx.doi.org/10.15198/seeci.2003.10.75-94>



BLAS DE LEZO Y CARTAGENA DE INDIAS: UNA PERSPECTIVA DESDE EL SIGLO XXI

BLAS DE LEZO AND CARTAGENA DE INDIAS: A PERSPECTIVE FROM THE 21th CENTURY

AUTOR

Miguel Pablo Sancho Gómez
Universidad de Murcia (España).
sancius78@gmail.com

RESUMEN

En este trabajo se tratará de ofrecer una breve y concisa visión de conjunto acerca de un brillante episodio de armas perteneciente al siglo XVIII español que por otra parte ha caído casi totalmente en el olvido; nos referimos a la defensa de la importante plaza de Cartagena de Indias en 1741, llevada a cabo por Blas de Lezo, uno de los mejores marinos españoles de todos los tiempos. Con escasos medios logró repeler una enorme flota de invasión británica, causando una aplastante derrota a una flota que tenía sesenta barcos más que la "Armada Invencible" enviada contra Inglaterra en 1588.

PALABRAS CLAVE

Blás de Lezo - Armada Española - Cartagena de Indias - Fortificaciones Americanas - Edward Vernon - Nueva Granada.



ABSTRACT

This work will try to picture a brief and clear frame about a brilliant fact of arms belonging to the Spanish Eighteenth Century, although that concrete action fell in almost complete oblivion; we mean about the defense of the important garrison town of Cartagena de Indias in 1741, performed by Blas de Lezo, one of the best Spanish naval officers of all times. With few seaborne and land units at his command was able to fight off a huge British invasion fleet, inflicting a crushing defeat to a very large squadron, bigger sixty ships in size to the Spanish Armada of 1588.

KEY WORDS

Blas de Lezo - Spanish Navy - Cartagena de Indias - American Fortifications - Edward Vernon - Nueva Granada.

ÍNDICE

1. Introducción
2. Breve semblanza del personaje
3. Situación estratégica en América
4. Cartagena de Indias
5. El asalto inglés
6. Consecuencias
7. Bibliografía

1. Introducción

REVISTA DE LA SEECI.

Sancho Gómez, Miguel Pablo (2003): Periodistas y profesores como transmisores de conocimiento. Nº10. Noviembre. Año VII. Páginas: 75-94. ISSN: 1576-3420 DOI: <http://dx.doi.org/10.15198/seeci.2003.10.75-94>



Es de lamentar que a lo largo de todas las colecciones de Historia Militar y las recopilaciones, coleccionables o no, acerca de estudios monográficos sobre la Guerra y/o las Batallas, sean del tiempo que sean y publicadas en cualesquiera ámbito, trátase de las ofrecidas al gran público en quioscos y venta por correo, o por el contrario las reducidas al ámbito científico, investigador, universitario y especializado, debamos permanecer sufriendo las mismas lacras, los mismos fraudes y las mismas tediosas repeticiones de siempre. Ante el silencio de la aún raquítica historiografía española especializada, temerosa y acomplejada a la hora de abordar los grandes temas de la Historia Militar, nos vemos inundados por una avalancha de publicaciones americanas y británicas (especialmente inglesas) que con menos melindres existenciales, más sentido de la oportunidad y pragmatismo histórico ofrecen sus gloriosos (o no) hechos de armas, siempre magnificados y muchas veces hinchados, cuando no deliberadamente deformados. Así, se nos repiten hasta la saciedad las supuestas gestas bélicas de reyes como Enrique V y Eduardo III, que se limitaron únicamente a colocar sus tropas razonablemente en el campo de batalla y obrar con coherencia, aprovechando situaciones tremendamente favorables - nada distinto de lo que hicieron con anterioridad y durante siglos los cónsules romanos en guerra, salvo en las pocas ocasiones en las que las legiones tuvieron políticos incompetentes al mando. Celebran, los mismos ingleses, sus triunfos en batallas campales contra los vikingos, cuando el mérito siempre estuvo de parte de los invasores, auténticos ejecutores de proezas tácticas que realizaron de modo continuado durante siglos; resulta digno de admiración que los vikingos fuesen capaces de conquistar todos los reinos sajones salvo Wessex, cuando en un principio la balanza de fuerzas les era tremendamente adversa. Fue la incompetencia y falta de preparación de los sajones, en cambio, lo que les llevó a estar frecuentemente a merced de los *danes* y *norses*, que -táctica y tecnológicamente- todo lo tenían en contra intentando tales arrojadas incursiones. En cambio, las victorias de Alfredo el Grande y sus sucesores se nos presentan como grandes proezas.

Por el contrario, nadie conoce los hechos de armas auténticamente sensacionales de muchos monarcas medievales hispánicos, cuyas hazañas han caído en el mayor de



los olvidos: Alfonso II de Asturias, que en una fecha tan temprana como 798 fue capaz de asaltar y saquear una ciudad tan meridional como Lisboa; Alfonso III, que en 878 tendió una magistral celada a un ejército musulmán muy superior en Polvoraria, destruyéndolo completamente; ¿y por qué no mencionar los brillantísimas operaciones bélicas de Alfonso I de Aragón, acertadamente apodado "el Batallador"? Reconquistador de Zaragoza, realizó una proeza monumental, al cruzar en 1125 media Península Ibérica ocupada enteramente por enemigos para llegar a Granada, saquear su vega y liberar a todos los mozárabes que pudo, llevándoselos a su reino si voluntariamente quisieron marchar con él. Pensar que aún hoy en día, todos los estadounidenses, especialmente en el Sur, siguen idolatrando la memoria del mayor general Thomas J. "Stonewall" Jackson, que ciertamente fue un comandante excepcional, por su campaña en el Shenandoah de la primavera de 1862 ("Jackson in the Valley")¹, no puede sino causarnos una envidia sana, puesto que incluso en la actualidad recibe cumplido homenaje entre sus paisanos, mientras que ni los aragoneses en particular ni los españoles en general sabemos apenas nada del *Batallador* y sus espectaculares logros.

Por todo ello, nosotros nos disponemos de modo fehaciente a tratar de cambiar las tornas historiográficas ofreciendo nuestra pequeña y humilde contribución "a la causa", tratando de plasmar una perspectiva actual, rigurosa y clarificadora de uno de nuestros generales más reputados, marino insigne cuya valentía era sólo superada por sus enormes conocimientos y exhaustiva preparación militar; vencedor de veintidós batallas navales, azote de los piratas y berberiscos, odiado y temido por los enemigos de la Corona Española igual que admirado y honrado por sus aliados: Blas de Lezo.

¹ Ciertamente, se trató de la obra de un táctico de primer nivel: con su exigua "caballería de a pie" (17.000 hombres), Jackson fue capaz de distraer decisivamente entorno a 52.000 - 60.000 hombres de los ejércitos de la Unión, que en esos momentos se disponían a invadir Virginia. Fue capaz de mantener la capital enemiga, Washington, bajo amenaza estratégica durante muchos meses, a la vez que debilitaba de forma decisiva a la Unión, que efectivamente fracasó en su intento de invasión del Sur. Véase para ese tema DAVIS, Burke (1999); *They called him Stonewall: a life of Lt. General T. J. Jackson*, C. S. A. Burford Books, Ithaca, NY.



2. Breve semblanza del personaje

Blas de Lezo y Olavarrieta (u Olabarrieta) nació en 1689 en Pasajes de San Pedro, en Guipúzcoa, tercer hijo de los ocho que engendró el matrimonio de Pedro Francisco de Lezo con Agustina Olavarrieta. Es aquella una tierra hermosa y agreste, encarada al mar, que venía suministrando desde muchas generaciones atrás excelentes marinos a la Armada Española². Hasta 1701 el joven Blas recibió su educación en Francia, dedicándose desde entonces en cuerpo y alma al arte de la guerra marítima. Pese a su excepcional juventud, supo ganarse muy pronto el respeto y la admiración de todos sus superiores en la marina francesa, y muy especialmente el de su comandante supremo, Conde de Toulouse. La valentía e intrepidez naturales del muchacho fueron refrendadas por su destreza natural y una preparación excelente y concienzuda. Tras participar en numerosas acciones navales durante la Guerra de Sucesión, en las que perdió una pierna, un ojo y el uso de un brazo³, pidió por motivos personales el traslado definitivo a la Marina de Guerra española en 1712, sirviendo desde entonces con celo la bandera del Rey contra los turcos, berberiscos y contra los piratas, destacándose su papel en la limpieza de las aguas del Virreinato de Perú entre 1716 y 1728 y su decisiva participación en la conquista española de Orán en 1732. Capitán de navío a los veintitrés años, siempre se hizo notar por su asombrosa precocidad en el escalafón. Tanto en el Mediterráneo como en el Pacífico y el Atlántico quedó demostrada siempre su excepcional valía, convirtiéndose en un experto consumado a la hora de capturar naves enemigas de todo tipo. Inventó proyectiles metálicos huecos, rellenos de cadenas y otros objetos que se abrían una vez disparados, destrozando las cuerdas y velámenes de los navíos enemigos; usaba parrillas llenas de paja mojada a las que prendía fuego, utilizando el humo producido

² Citaremos brevemente a otros ilustres marinos vascos anteriores como el Almirante Antonio de Oquendo, Juan Sebastián Elcano o Martínez de Recalde; Para este aspecto, véase ORTEGA Y MEDINA, Juan Antonio (1981): *El conflicto anglo - español por el dominio oceánico (siglos XVI y XVII)*. Universidad Nacional Autónoma de Méjico. Méjico.

³ En la batalla de Vélez Málaga, en 1704, integrando la escuadra francesa en lucha contra la anglo - holandesa, Lezo sufriría una terrible herida en una pierna, que le tuvo que ser amputada. Actuaba entonces como ordenanza y guardiamarina mensajero del Almirante Conde de Toulouse. Perdió el uso de un brazo en un ataque naval contra Barcelona al año siguiente - 1705-, y el ojo poco después defendiendo un fuerte francés contra las tropas invasoras de Saboya.



para romper el contacto, ocultarse al campo de visión de los artilleros enemigos o atacar por sorpresa a su antojo. Después de recibir el apoyo incondicional y el cariño personal tanto del intendente José Patiño como del Almirante don Andrés de Pez, además de los parabienes y felicitaciones en numerosas ocasiones del propio rey Felipe V, Lezo finalmente se convirtió en el mejor comandante español por méritos propios, recibiendo el grado de Teniente general de las armadas del mar del Caribe.

Asentado en Cádiz tras pedir voluntariamente el regreso a España por los frecuentes roces con el Virrey del Perú Armendáriz, fue sin embargo requerido nuevamente para regresar a las Américas, concretamente a la denominada Tierra Firme⁴. El motivo de tal petición, que Lezo por su patriotismo y por su sentido militar del deber no pudo rechazar, fue la reanudación previsible y muy próxima de las hostilidades con Inglaterra. Partió de Cádiz con su familia (tanto su esposa Josefa como la mayoría de sus hijos habían nacido en Perú) el 2 de febrero de 1737, en previsión de los sucesos luctuosos que no tardarían en llegar. En efecto, el primer ministro Hugh Walpole, muy a su pesar, pues era contrario al enfrentamiento con España, declaraba formalmente la guerra en 1739. La flota de invasión británica que tenía como final y último objetivo la conquista de Cartagena de Indias ya había salido hacia tiempo desde Portsmouth. Gracias al buen hacer del espionaje español, desde el primer momento se supo de la existencia de tal flota y cuáles eran sus intenciones. Nada más llegar a la plaza, Lezo se vio obligado a preparar la defensa a la vez que asumía las competencias del gobernador Fidalgo, gravemente enfermo.

Efectivamente el gobernador fallecería poco después, siendo sustituido por Melchor Navarrete, cuya relación profesional con nuestro marino nunca pasó de la tibieza. En la campaña militar por venir, Blas de Lezo realizaría su gesta bélica más gloriosa, defendiendo la vital ciudad y puerto contra una escuadra inglesa de poderío avasallador, preparada para destruir las defensas y conquistar la plaza con una gran

⁴ Era tal el nombre que en los tiempos coloniales se le daba a las actuales Panamá, Venezuela y parte de Colombia. Véase MADARIAGA, DE, Salvador (1979): *El Auge y el Ocaso del Imperio Español en América*. Espasa - Calpe. Madrid.



flota de desembarco⁵. Pero contra todo pronóstico, la flota de invasión resultó humillada y completamente derrotada por el genio militar del marino español, que ya por entonces había recibido su cruel apodo de "medio hombre". Corría el año de 1741.

3. Situación estratégica en América

Desde el siglo XVI España se había encontrado en un estado de guerra, intermitente pero crónico, con Inglaterra. La incipiente potencia naval de los ingleses se fue aplicando progresivamente a estrangular el tráfico comercial español, pues pronto quisieron dominar las mismas rutas marítimas que daban acceso a los ricos territorios del Sur. Conforme su capacidad aumentaba, el plan inglés tomó forma de manera cada vez más consistente hacia una estrategia de interrupción completa de las comunicaciones entre las posesiones españolas de Indias y el territorio europeo peninsular, principalmente mediante el uso masivo de piratas y corsarios⁶. Las vastas tierras americanas actuaban de continuo acicate para que los ingleses ampliaran su radio de acción, y parecía una cuestión de tiempo que su capacidad militar y naval llegase al punto de permitirles arrebatar amplios territorios americanos a la Corona española, pero en cambio fue tal un objetivo que prácticamente nunca logró. No obstante, la conquista inglesa de Jamaica fue un revés grave que tendría consecuencias nefastas para España, pues se convirtió en un nido de piratas y refugio del comercio ilegal; consecuencias igualmente negativas trajo la presencia holandesa en Curaçao. Estas bases de ubicación idónea en cambio rindieron a esas

⁵ Nótese que como ya se ha afirmado anteriormente, la escuadra de Vernon incluía 186 barcos entre buques de guerra y naves de desembarco, superando en 60 unidades a la "Armada Invencible" de Felipe II, que en 1588 contó con 126 embarcaciones. Véase KUETHE, Alan J., "La batalla de Cartagena en 1741. Nuevas Perspectivas". *Historiografía y Bibliografía Americanistas* vol. XVIII n°1, pp. 19-38. Para el estado de las defensas y las tropas de guarnición y milicia en el mundo colonial, SERRANO ÁLVAREZ, José Manuel (de próxima aparición): *Fortificaciones y Tropas. El gasto militar en Tierra Firme 1700 - 1788*. Universidad de Sevilla; Diputación de Sevilla; Escuela de Estudios Hispano-Americanos; C.S.I.C. Sevilla.

⁶ La bibliografía al respecto es extensa, véase, a modo de ejemplo, las obras de KONSTAM, A., & McBRIDE, A. (1998): *Pirates 1660-1730*. Osprey Publishing. London; KONSTAM, A., & McBRIDE, A. (2001): *Privateers and Pirates 1730-1830*. Osprey Publishing. London; también es interesante LUCENA SALMORAL, Manuel (1992): *Piratas, bucaneros, filibusteros y corsarios en América*. Mapfre. Madrid.



potencias navales beneficios incalculables. Hubiese sido necesario expulsar a los enemigos de esas dos islas para garantizar de nuevo un estable desarrollo del comercio antillano, pero los pobres recursos españoles jamás dieron palio a plantearse tamaños objetivos. Aun así, ni en los momentos de mayor impotencia de la flota, llegó la navegación a paralizarse completamente⁷. Las hoy célebres y celebradas acciones de piratas y corsarios, pese a ciertos golpes muy efectistas perfectamente explotados por la genial propaganda británica, fueron mucho menos eficaces de lo que generalmente se cree. De hecho, la poderosa Flota de Indias solo pudo ser neutralizada en tres ocasiones entre 1500 y 1700, y en una de ellas el artífice del sonoro logro ni tan siquiera fue inglés⁸. Pese a la nefasta situación que a menudo atravesaron las arcas españolas, las rutas vitales de comunicación marítima, similares a las arterias por las que fluía la sangre del Imperio, permanecieron esencialmente abiertas durante casi todo el periodo colonial.

Sin embargo, a mediados del siglo XVIII Inglaterra iba a intentar nuevamente una estrategia de gran alcance, planeando una acción en varios frentes para lograr de una forma organizada y metódica el colapso del Imperio Español. Tras los largos años de decadencia que contemplaron la extinción de la dinastía de los Austrias, la Armada había quedado seriamente deteriorada por las graves negligencias del gobierno, y resultaba sólo un pálido reflejo de su anterior poderío; se encontraba muy lejos de poder proteger adecuadamente los grandes intereses coloniales españoles. Mientras tanto, los enemigos no cejaban en sus empeños para aprovecharse de las debilidades españolas. Pese a las grandísimas ventajas obtenidas gracias al rey francés Luis XIV en el tratado de Utrecht (1713), como el "Asiento de Negros" y el permiso de comerciar abiertamente en Cádiz, nada parecía suficiente a los ojos de los ambiciosos ingleses. El objetivo final no era otro que el dominio comercial absoluto de todo el continente americano. Azuzada por políticos

⁷ Incluso en los años difíciles en torno al tratado de Utrecht, cuando la presencia naval española casi desapareció. Véase TORRES RAMÍREZ, Bibiano (1981): *La Armada de Barlovento*. Escuela de Estudios Hispano - Americanos. Sevilla.

⁸ Piet Heyn, holandés, se apoderó en 1628 de todas las naves del Tesoro menos tres; en 1656 y 1657 Blake destruyó toda la flota. Véase ELLIOTT, John H. (1996): *La España Imperial 1469-1716*. Vicens Vives. Barcelona. Pág. 197.



intrigantes y codiciosos como William Pitt, la nación clamaba insistentemente acción enérgica y terminante contra los "pérfidos españoles", a los que acusaban de toda clase de abusos y extorsiones. Poco importaba tal deformación aberrante y descarada de la realidad, muy del gusto de los pueblos anglosajones: pese a que Gran Bretaña violaba repetidamente las leyes y los tratados comerciales intentando extender fraudulentamente los tentáculos de su poder económico, los periódicos y grupos de presión presentaban como la única culpable a España.

La situación, cada vez más tensa, llegó a su punto culminante después de un incidente que se hizo famoso, el apresamiento de Jenkins. Robert Jenkins, un simple contrabandista capturado por los guardacostas españoles, sabía perfectamente que estaba pisoteando las leyes y los tratados comerciales, pero aun así procedió a comportarse con extremo desprecio y bravuconería hacia los españoles que le habían capturado, lo que propició, según versiones, que el capitán español decidiese darle una lección, cortándole con la espada una oreja al deslenguado delincuente. Muy ofendido, el contrabandista procedió a airear su agravio (y su oreja amputada), mostrándose cual víctima inocente por todos los rincones de Inglaterra. Otras crónicas, en cambio, manifiestan que el propio Jenkins apareció en el Parlamento londinense con una larga peluca que le tapaba las sienes totalmente para no mostrar la evidencia del fraude; de ser cierto este dato, todo se trataría de una farsa. Así, desorejado o no, un criminal que se hacía pasar por honrado comerciante avasallado por los abusos españoles fue tratado como un héroe, e incluso en el colmo del cinismo como un mártir.

Los ingleses hicieron suya tal causa, y comenzaron los preparativos bélicos para vengar el incidente. Tales fueron los prolegómenos de lo que vino a denominarse posteriormente la "Guerra de la Oreja de Jenkins"⁹.

4. Cartagena de Indias

⁹ Véase RICHMOND, William (1920): *The Navy in the War of 1739-1741*. Penguin. London. Una excelente imagen de los ejércitos británicos en la época puede verse en MARSTON, David (2001): *The Seven Year 's War*. Osprey Publishing. London.



Llamada a menudo "la reina de las Indias", Cartagena era una excelente ciudad de anchuroso puerto, trazado elegante y primorosa arquitectura. Fundada en el año 1533 por el conquistador Pedro de Heredia, había adquirido rápidamente una gran importancia por su indudable posición estratégica: en ella confluían todas las rutas terrestres y marítimas que transportaban las riquezas de los dominios españoles hasta el Caribe, donde la flota de Indias quedaba reunida y preparada para dirigirse al continente europeo¹⁰. Cartagena de Indias estaba ubicada en un promontorio que daba a una enorme bahía natural, idónea para fondear grandes flotas. Islas de regular tamaño franqueaban el paraje, creando pasajes que podían cerrarse por medio de cadenas y defenderse mediante la construcción de fuertes convenientemente artillados. La mayor de ellas en tamaño era denominada premonitoriamente Tierra Bomba, que en tiempos de Lezo albergaba al poderoso fuerte de San Luis y las baterías de Chamba, San Felipe y Santiago.

En la isla vecina el fuerte gemelo de San José vigilaba el acceso marítimo desde el otro lado. Desde las incursiones piratas inglesas en los tiempos de Francis Drake se habían erigido estas primeras fortificaciones, que protegían los accesos a la gran bahía, Bocagrande y Bocachica, pues así se llamaban las dos entradas entre las islas.

La Boquilla era la otra única ruta de acceso desde el océano, quedando al este de la ciudad. Se trataba de una vía de agua natural formada desde las ciénagas de Tesca; avanzado hacia el interior en sentido contrario se encontraba otro canal, denominado "el Caño del Ahorcado", que separaba la ciudad de Cartagena de su arrabal, Getsemaní. En el interior de la gran bahía se encontraban la península de Manzanillo y la isla Manga, donde se ubicaba la segunda línea de defensa, con los fuertes de San Sebastián del Pastelillo (en la isla) y Cruz Grande, en el extremo de la península

¹⁰ Para la fundación y desarrollo de esa ciudad, se puede consultar la obra excelente de BORREGO PLÁ, María del Carmen (1983): *Cartagena de Indias en el siglo XVI*. Escuela de Estudios Hispano - Americanos. Sevilla; y también GÓMEZ PÉREZ, María del Carmen (1984): *Pedro de Heredia y Cartagena de Indias*. Escuela de Estudios Hispano - Americanos. Sevilla. También es útil para una panorámica estratégica general de ese periodo HOFFMAN, Paul E. (1979): *The Spanish Crown and the Defense of Indies 1535-1574*. Louisiana State University Press. Baton Rouge.



de Santa Cruz, al oeste de la ciudad. La tercera línea estaba constituida principalmente por el enorme fuerte de San Felipe, que ubicado en una altura estratégica que dominaba con sus varias alturas todos los alrededores, protegía los núcleos urbanos, que estaban igualmente amurallados y artillados. La Boquilla estaba protegida asimismo por las baterías de Crespo y Mas. Tras ellas quedaba La Popa, un cerro de privilegiada posición que pese a albergar un famoso convento no podía dejar de tomarse como un importantísimo objetivo militar.

Pese a la destacada importancia como base, puerto y lugar de reunión de las riquezas americanas, el estado de las fortificaciones y la artillería nunca fue lo suficientemente bueno¹¹. Los muros no estaban guarnecidos correctamente, los lienzos y fuertes eran débiles en varios puntos claves y los sótanos no gozaban de la profundidad necesaria. Los cañones estaban presentes en número insuficiente, y algunos promontorios de grandes cualidades no se habían utilizado como puntos defensivos, permaneciendo desnudos. Blas de Lezo trató de paliar estos defectos construyendo nuevas baterías, pero a veces resultó demasiado tarde y en otras ocasiones no fue escuchado. De este modo, un adversario decidido y numeroso podía sacar provecho de las fallas en la defensa y rendir los fuertes de fuera a dentro progresivamente, valiéndose de fuego naval nutrido que apoyase desembarcos audaces. Tal fue el triste destino de la ciudad en 1697, cuando fue asaltada por el francés Pointis, que procedió a saquearla bárbaramente¹². De hecho, el mismo Vernon usaría cuarenta años después la misma estratagema, aunque su intento esta vez redundaría en fracaso. Según los cálculos del arquitecto Herrera, hubiese sido necesario desembolsar una cantidad entre 300.000 y 400.000 pesos para proteger adecuadamente la ciudad, una suma inmensa que nadie podía asumir. De todos modos, una preparación diligente y rigurosa hubiese mejorado sensiblemente las posibilidades sin apenas coste alguno, pero las medidas defensivas tomadas resultaron insuficientes por falta de celo y previsión, como se verá.

¹¹ Véase MARCHENA FERNÁNDEZ, Juan (1982): *La Institución Militar en Cartagena de Indias 1700 - 1810*. C. S. I. C. Sevilla.

¹² DE LA MATTA RODRÍGUEZ, Enrique (1979): *El asalto de Pointis a Cartagena de Indias*. Escuela de Estudios Hispano - Americanos. Sevilla. Es la única monografía que hemos encontrado respecto a tal episodio bélico.



La guarnición, reforzada por varios destacamentos militares llegados desde la Península, resultaba escasa, y durante todas las operaciones el empleo y la distribución de los hombres para cubrir suficientemente los puntos vitales de la defensa fue un constante quebradero de cabeza. También fue la causa de numerosos roces entre el Virrey, Sebastián de Eslava, que había acudido a Cartagena desde su sede en Santa Fe de Bogotá para tomar parte en la defensa, y el propio Blas de Lezo, que pese a comandar la Armada y ostentar el rango de Teniente General, jerárquicamente era inferior a Eslava, que por rango ostentaba el mando supremo en la plaza. El Virrey era un buen militar, con amplia experiencia en el ejército español, pero los grandes errores e imprudencias que cometió en la planificación de la defensa y en las estimaciones logísticas estuvieron a punto de dar al traste con la resistencia.

En definitiva, la defensa quedó reducida a tan sólo 3000 soldados, de los cuales 600 eran indios de los denominados *flecheros* y alrededor de 1000 milicianos (ya en 1736 la milicia de la ciudad constaba de 11 compañías)¹³. Los británicos arribaron a Cartagena de Indias con una gigantesca fuerza de desembarco: 24.000 soldados regulares "casacas rojas", 1000 esclavos negros macheteros y 2500 milicianos de Virginia. La desproporción numérica es evidente.

Las raciones alimenticias y el suministro resultó otro punto de vital importancia en el que los defensores atravesaron muy serias dificultades. Estaba previsto que en caso de sitio, Cartagena de Indias debía dotarse de reservas suficientes para mantener a 55.000 hombres durante 80 días, cifras fabulosas que quedaron muy alejadas de la realidad¹⁴. Los problemas para alimentar a los defensores fueron gravísimos, y los propios ciudadanos se vieron afectados por la hambruna más absoluta. Especialmente tras la destrucción del depósito de víveres del fuerte de San Luis obrada por la artillería británica, la situación pasó a ser crítica. Los ingleses habían bloqueado Pasacaballos, con lo que el suministro quedó interrumpido de forma total.

¹³ Para ese aspecto, MARCHENA FERNÁNDEZ, Juan (1992): *Ejército y Milicias en el Mundo Colonial Americano*. Mapfre. Madrid.

¹⁴ Véase GÓMEZ PÉREZ, Carmen (1992): *El Sistema Defensivo Americano. Siglo XVIII*. Mapfre. Madrid. Pág. 158.



En tal caso queda culpar a partes iguales tanto al Virrey como al Gobernador por no haber sabido tomar las disposiciones adecuadas para paliar una situación que estuvo a punto de tornarse catastrófica. La capital del Virreinato de Nueva Granada, por otra parte, tampoco estaba en condiciones logísticas para garantizar los suministros necesarios. Además quedaba muy alejada, resultando el viaje por tierra dificultoso y muy lento. La escasez crónica de suministros en América fue uno de los problemas más hondos a los que tuvieron que enfrentarse los diferentes poderes europeos a la hora de hacer la guerra en tales parajes. De hecho, la flota francesa que ante la amenaza de ataque británico inminente debería haber secundado a la española habitualmente fondeada en La Habana no había tenido más remedio que regresar a la metrópoli, pues los franceses carecían en las Antillas de una base capacitada para ofrecer el mantenimiento necesario a una escuadra grande durante un tiempo prolongado.

La flota que se había enviado con cuentagotas desde España para proteger tan importante plaza tampoco deslumbraba especialmente por su magnificencia. Pese a que se había tomado plena conciencia de la gravedad del estado de la Armada y desde los tiempos de Patiño se tomaron las medidas necesarias para poder volver a contar con una flota grande y poderosa, adecuada a las necesidades del Imperio, los cambios y mejoras fueron llegando lentamente¹⁵. Tan sólo seis buques de guerra estuvieron prestos en 1741 para defender las aguas de la bahía (el *Galicia*, el *San Carlos*, el *San Felipe*, el *África*, el *Dragón* y el *Conquistador*.), y prácticamente acabaron todos hundidos: algunos de ellos por los propios españoles, que trataron inútilmente de cerrar el paso de los navíos británicos en las gargantas con los mástiles de los barcos sumergidos, pero la gran profundidad de las aguas redundó

¹⁵ Véase para ello MERINO NAVARRO, José (1981): *La Armada Española en el siglo XVIII*. Fundación Universitaria Española. Madrid; PÉREZ-MALLAINA, Pablo Enrique (1982): *Política Naval española en el Atlántico 1700 - 1715*. Escuela de estudios Hispano - Americanos. Sevilla.



en un sacrificio inútil. Otros barcos fueron enviados al fondo por el fuego inglés, especialmente tras la caída del fuerte de San Luis. En esos momentos la desproporción de fuerzas y disparidad en el número de bocas de fuego devengó en una lucha sin esperanzas, en la que los barcos españoles lucharon hasta el aniquilamiento. Se esperaba que la flota de Rodrigo Torres, que fondeaba desde hace algún tiempo en Santa Marta, apareciese por sorpresa para atacar la retaguardia de Vernon y aplastarlo contra las defensas fortificadas y las baterías costeras de la ciudad. Pero Torres, escaso de suministros al igual que su colega francés y requerido en España, abandonó el escenario, dejando a los defensores completamente solos. Debe recordarse que frente a esos seis buques la flota de invasión británica estaba formada por casi doscientos barcos que totalizaban 2000 cañones.

Por lo tanto, las condiciones de la plaza, así como su abastecimiento y potencial defensivo, no eran los óptimos. Si se planteó una estrategia con garantías de éxito se debió en gran medida a la presencia de Blas de Lezo, que supo plasmar sus conocimientos y su gran experiencia en una situación plagada de dificultades frente a un enemigo infinitamente superior.

5. El asalto inglés

Tal poderosísima flota había sido dispuesta bajo el mando del Almirante Edward Vernon, un aristócrata de influyente familia que gozaba de gran experiencia tanto política como militar. Al igual que Lezo, servía en la Armada desde su primera juventud, y en 1741 su estrella brillaba incontestablemente pues era muy respetado en la opinión pública británica, que celebraba entusiasta su conquista y destrucción de Portobelo (Puerto Bello) y del fuerte de San Lorenzo, ambos en Panamá. Aunque había fracasado en su ataque a la Guaira, el éxito anterior le movió a acariciar objetivos más ambiciosos: la conquista de Cartagena de Indias, con lo cual conseguiría la llave de las comunicaciones españolas en el continente y bloquearía el flujo de metales preciosos hacia la metrópoli. El resto de las posesiones españolas



caerían como fruta madura si lograba tomar la plaza, o al menos eso esperaba Vernon. Había mandado una segunda flota al mando de Anson para que bordease el continente y atacase las posesiones españolas desde el Pacífico. Si lograba su objetivo, un desembarco inglés en Panamá abriría también la opción de atacar Cartagena de Indias por la espalda. Pero finalmente los dos marinos ingleses fracasaron.

El primer ataque de Vernon contra Cartagena, con fuerzas muy escasas, se remontaba a 1740. En esa misma primavera lo intentaría una segunda vez, pues se trataba de menos ataques de tanteo, útiles para comprobar el estado de las defensas y la capacidad de reacción de los españoles. Supo entonces que Lezo había utilizado sus escasos recursos bien. La expedición de 1741 estaba en cambio planeada sin reparar en gastos, y a un nivel colosal. La flota invasora fue avistada en la ciudad el 13 de marzo, y el día 15 Cartagena de Indias estaba completamente bloqueada. El plan de Vernon era sencillo y eficaz: ir destruyendo las fortificaciones exteriores una por una mediante la concentración de su poderoso fuego naval. Así, paso a paso, sería capaz de rendir las sucesivas líneas de obstáculos, penetrar en la bahía y castigar la ciudad lo suficiente para que sus tropas pudiesen tomarla al asalto. Un desembarco de distracción en la Boquilla, que como era previsible quedó atascado y no ofreció ganancias significativas, preludió el ataque principal de su escuadra sobre las baterías y fuertes que defendían Bocachica.

Se desató un desigual duelo de artillería a lo largo de los días 17 al 19. Tras varios amagos de acercamiento y ataques concentrados, las baterías de Chamba, San Felipe y Santiago quedaron destruidas. Los supervivientes se retiraron al fuerte de San Luis, que apoyado por la escasa flota española (especialmente por los magníficos buques *Galicia* y *San Felipe*), resistió hasta el 5 de abril. Pese a las desesperadas llamadas de Lezo, el Virrey Eslava desoyó continuamente tales advertencias y se negó a distraer fuerzas desde diferentes puntos de la ciudad para reforzar la primera línea. Vernon no tardó en aprovechar tal oportunidad y comenzó a desembarcar hombres y artillería en los territorios conquistados. Pronto doce



morteros y dieciséis cañones castigaban desde tierra al San Luis. De nuevo, la impericia de los responsables con mando en plaza benefició de manera incalculable a los británicos: el perímetro defensivo del fuerte no había sido desbrozado y talado como era necesario, por lo que la artillería y la infantería enemiga pudo utilizar el bosque cual cobertura para atacar y camuflarse. Los navíos británicos se sumaron al ataque (trece de ellos concentraron todos sus cañones exclusivamente contra el fuerte), y pese que cinco quedaron prácticamente inservibles, la situación crítica y la desproporción de fuerzas llevaron a la inevitable consecuencia.

El *África* y el *San Carlos* se sacrificaron para cubrir en lo posible la retirada de los escasos defensores supervivientes. Blas de Lezo ordenó el hundimiento del *Galicia*, seriamente dañado, pero no hubo tiempo a cumplir las órdenes y fue capturado por los ingleses. Ese día nefasto para las armas españolas quedó refrendado con la destrucción del fuerte de San José, cañoneado a muerte por los británicos. La entrada por Bocachica quedaba así expedita. Hay que destacar que el único artifice de la resistencia hasta ese momento fue Blas de Lezo, pues gracias a su primorosa combinación de fuegos largos y cortos y al excelente conocimiento artillero que atesoraba se pudo retrasar y detener el abrumador poderío de la escuadra enemiga durante tanto tiempo. Pero aun así la situación general empeoraba a pasos agigantados. Nuevos desembarcos en la Boquilla (600 hombres) amenazaban con rendir la ciudad con una pinza estranguladora. En ése sector los ingleses comenzaron a lanzar golpes de mano contra las baterías de defensa, y la respuesta por parte de los españoles no se hizo esperar, con emboscadas y contraataques. Eslava ordenó el hundimiento del *Dragón* y el *Conquistador* para taponar la bahía e impedir el paso de la escuadra británica, pero como hemos dicho fue inútil, al igual que lo fue dismantelar el fuerte de Cruz Grande, que junto con Manzanillo podría haber sometido a fuego cruzado a los invasores. La impericia del Virrey llevó aquí al punto de máximo enfrentamiento con Blas de Lezo, que en los próximos días incluso llegó a ser relevado del mando. Pero dada la situación angustiosa, con los ingleses enseñoreándose de la isla Manga y asediando ya el San Felipe, último bastión defensivo antes de la ciudad, Eslava se tragó el orgullo y pidió al experto marino que



retomara el mando. De no ser así, Lezo indudablemente se hubiese batido hasta el final como simple soldado raso. Mientras la *Union Jack* ondeaba triunfal también en la Popa y las bombas caían por doquier ya dentro de los núcleos urbanos, Lezo ideó su última defensa.

Comprendiendo la ineficacia de las medidas tomadas hasta el momento, Lezo concibe la audaz idea de sacar a los hombres de los fuertes para atrincherarlos en el exterior. Fosos y sacos terreros son emplazados por doquier, y la coordinación magistral de los fuegos del fuerte san Felipe con los de Manzanillo y San Sebastián crearon un campo de tiro cruzado desde tres puntos que hizo a Vernon retirar el apoyo de su escuadra a los ataques por tierra. Receloso de arriesgar sus ya muy castigados barcos (entre diez y doce de sus grandes unidades estaban fuera de combate o ingobernables, con los numerosos destrozos), el Almirante se negó en rotundo a secundar con fuego naval los asaltos directos contra el enorme San Felipe, recibiendo las quejas de sus subordinados, especialmente de los comandantes de las fuerzas de tierra. Pese a la gran desproporción numérica, los defensores resistieron todos los asaltos, y cuando la infantería británica y los virginianos flaqueaban una audaz salida desde el fuerte, reforzada al máximo por Blas de Lezo, que lanza al combate todo lo que quedaba, hasta el último hombre. En desventaja de cuatro contra uno la carga a la bayoneta española es un éxito rotundo, barriando las posiciones enemigas ya al límite de la resistencia. No quedó más remedio al mando inglés que ordenar la retirada, que se convierte en una desbandada mientras todo el ejército británico es presa del desánimo y el caos. El calor, el hambre y las enfermedades harán el resto. Dada la enorme cantidad de cadáveres insepultos tanto en tierra como en el mar, la peste no se hace esperar. Una epidemia se cebará terriblemente con las fuerzas invasoras, cuyas pérdidas totales rondarán los 6000 - 8000 hombres. Con la flota muy maltrecha y la capacidad de resistencia quebrantada, Vernon ordenará el repliegue, furioso y despechado (*God Damn you, Lezo!*), dejando a miles de hombres a su suerte; los prisioneros serán numerosos. Lamentablemente, sin tiempo apenas para dar gracias o celebrar su victoria, Blas de Lezo morirá poco después, víctima a su vez de la epidemia de peste.



6. Consecuencias

La gran gesta de la defensa de Cartagena fue mucho más importante de lo que se cree. Gran Bretaña no volvió a intentar operaciones de tamaño escala contra España, y su poderío militar se vio seriamente quebrantado. La hegemonía naval inglesa quedó en entredicho hasta la batalla de Trafalgar en 1805. El rey Jorge, que ya había mandado fabricar medallas para celebrar la conquista de la ciudad, censuró con rigidez absoluta el resultado de la campaña y el gran desastre que supuso para su Imperio. La magnitud de la catástrofe quedó silenciada, y se prohibió a cronistas, periodistas e historiadores hablar sobre ello para evitar a toda costa el desprestigio. Por desgracia, el mutismo impuesto desde la Corona británica se extendió demasiado, puesto que incluso hoy afecta a una parte importante de la historiografía y de los investigadores contemporáneos. Esperemos que nuestra pequeña aportación sea el comienzo de una serie de estudios más concisos y amplios, que valoren de manera adecuada los amplios méritos estratégicos y tácticos de nuestras muchas victorias y los hechos de nuestros brillantes comandantes.

7. Bibliografía

ANDERSON, M. S. (1990). *Guerra y Sociedad en la Europa del Antiguo Régimen 1618 - 1789*. Ministerio de Defensa. Madrid.

ANDREWS, Kenneth H. (1984). *Trade, Plunder and Settlement. Maritime Enterprise and the Genesis of the British Empire 1480-1630*. Cambridge University Press. Cambridge.

BORREGO PLÁ, María del Carmen (1983). *Cartagena de Indias en el siglo XVI*. Escuela de Estudios Hispano - Americanos. Sevilla.

DAVIS, Burke (1999). *They called him Stonewall: a life of Lt. General T. J. Jackson*, C. S. A. Burford Books, Ithaca, NY.

REVISTA DE LA SEECI.

Sancho Gómez, Miguel Pablo (2003): *Periodistas y profesores como transmisores de conocimiento. Nº10. Noviembre. Año VII. Páginas: 75-94.*
ISSN: 1576-3420 DOI: <http://dx.doi.org/10.15198/seeci.2003.10.75-94>



DE LA MATTA RODRÍGUEZ, Enrique (1979). *El asalto de Pointis a Cartagena de Indias*. Escuela de estudios Hispano - Americanos. Sevilla.

DE MADARIAGA, Salvador (1979). *El Auge y el Ocaso del Imperio Español en América*. Espasa - Calpe. Madrid.

ELLIOTT, John H. (1996). *La España Imperial 1469 - 1716*. Vicens Vives. Barcelona.

GARCÍA CÁRCEL, Ricardo, y otros (1991). *Manual de Historia de España*. Historia 16. Madrid.

GÓMEZ PÉREZ, María del Carmen (1984). *Pedro de Heredia y Cartagena de Indias*. Escuela de estudios Hispano - Americanos. Sevilla.

GÓMEZ PÉREZ, Carmen (1992). *El Sistema Defensivo Americano. Siglo XVIII*. Mapfre. Madrid.

HOFFMAN, Paul E. (1979). *The Spanish Crown and the Defense of Indies 1535-1574*. Louisiana State University Press. Baton Rouge.

KONSTAM, A., & MCBRIDE, A. (1998). *Pirates 1660 - 1730*. Osprey Publishing. London.

KONSTAM, A., & MCBRIDE, A. (2001). *Privateers and Pirates 1730 - 1830*. Osprey Publishing. London.

KUETHE, Alan J.. "La batalla de Cartagena en 1741. Nuevas Perspectivas". *Historiografía y Bibliografía Americanistas* vol. XVIII nº1, pp. 19-38.

LUCENA SALMORAL, Manuel (1992). *Piratas, bucaneros, filibusteros y corsarios en América*. Mapfre. Madrid.

MARCO DORTA, Enrique (1951). *Cartagena de Indias, la ciudad y sus Monumentos*. Instituto Diego Velázquez, C. S. I. C. Madrid.

REVISTA DE LA SEECI.

Sancho Gómez, Miguel Pablo (2003): *Periodistas y profesores como transmisores de conocimiento. Nº10. Noviembre. Año VII. Páginas: 75-94.*
ISSN: 1576-3420 DOI: <http://dx.doi.org/10.15198/seeci.2003.10.75-94>



MARCHENA FERNÁNDEZ, Juan (1982). *La Institución Militar en Cartagena de Indias 1700 - 1810*. C. S. I. C. Sevilla.

MARCHENA FERNÁNDEZ, Juan (1992). *Ejército y Milicias en el Mundo Colonial Americano*. Mapfre. Madrid.

MARSTON, David (2001). *The Seven Year 's War*. Osprey Publishing. London.

MERINO NAVARRO, José (1981): *La Armada Española en el siglo XVIII*. Fundación Universitaria Española. Madrid.

MOLAS, Pere, y otros (1993). *Manual de Historia Moderna*. Ariel. Barcelona.

ORTEGA Y MEDINA, Juan Antonio (1981). *El conflicto anglo - español por el dominio oceánico (siglos XVI y XVII)*. Universidad Nacional Autónoma de Méjico. Méjico.

PÉREZ-MALLAINA, Pablo Enrique (1982). *Política Naval española en el Atlántico 1700 - 1715*. Escuela de estudios Hispano - Americanos. Sevilla.

RICHMOND, William (1920). *The Navy in the War of 1739-1741*. Penguin. London.

SERRANO ÁLVAREZ, José Manuel (de próxima aparición). *Fortificaciones y Tropas. El gasto militar en Tierra Firme 1700 - 1788*. Universidad de Sevilla; Diputación de Sevilla; Escuela de Estudios Hispano-Americanos; C.S.I.C. Sevilla.

SERRANO MANGAS, Fernando (1992). *Función y Evolución del Galeón en la carrera de Indias*. Mapfre. Madrid.

TORRES RAMÍREZ, Bibiano (1981). *La Armada de Barlovento*. Escuela de Estudios Hispano - Americanos. Sevilla.